

hubieramos hecho un viaje de muchos días, y á poco llegamos al pueblo. Ibamos todos bajando del carruaje, cuando el labrador que habia metido su cuarto á espadas en la conversacion se me acercó al oido diciéndome;

—Caballero, me parece que en buen enredo se ha metido V. este hombre tiene trazas de ser de los del petróleo, y sino es por gracia del Espíritu Santo, no le sacaré V, de sus trece.

Solo pude contestarle; veremos.

II.

A la tarde del día siguiente fuí al sitio convenido; era un recodo al pié de una cuesta donde una corpulenta encina protejia de los rayos del sol y convidaba á pasar un par de horas bajo su sombra. Allí estaban Juan y Antonio esperándome y despues de haber terciado algunas palabras y de haber elogiado yo el sitio que Juan habia escogido, el hilador que parecia impaciente por abordar el asunto me dijo.

—Amigo, anoche mismo no quise acostarme sin haber leído el escrito que V. me envió sobre las huelgas, y si he de hablar con franqueza y los datos que allí cita V. son verídicos, me ha puesto V. en un aprieto, pues los números cantan claro y lo que allí se dice me ha dejado ganas de volverlo á leer. Me

chocaron mucho aquellos gastos de miles de libras esterlinas y aquellos discursos de dos obreros en el congreso español, y por esto no se lo devuelvo aun á V.

—Antonio, contesté, puedo aseguraros que son ciertas y sacadas de buen conducto las noticias que habeis leído, puedo facilitaros el ver los libros de donde las he recogido, y celebro infinito, no solo de que os hayan quedado deseos de volver á leer aquellas páginas, sino que os hayan causado impresion. Desengañaos amigos, la verdad siempre se descubre cuando se busca, y las razones en que descansa es difícil ocultarlas á los hombres que de buena fé, con lealtad, desean encontrarla: no olvideis aquella máxima del gran Cardenal Richelieu—«los aduladores son como los ladrones, su primer cuidado consiste en matar la luz»—

Los que se proclaman vuestros defensores, para conseguir atraer vuestras voluntades y someteros á la suya, lo primero que hacen es matar la luz, es decir ocultar la verdad; por esto veis que presentan al pueblo de hoy en un estado peor que en tiempo de la esclavitud, solo os pintan desgracias y miserias alrededor vuestro, callándoos los beneficios que la industria ha hecho al pueblo, el desinterés y celo de muchos hombres en favor de los que viven del trabajo, los millones que se han gastado en todas partes para mejorar su suerte, y las cantidades fabulosas que la caridad ha invertido para alivio del pobre.

Estos hombres os adulan, os engañan y solo pueden lograr su objeto arrancando de vuestro corazón la fé y de vuestro espíritu la tranquilidad; os presentan la resignación como un estorbo para procurar vuestra mejora, y os señalan siempre al rico y al industrial, como vuestro enemigo.

—¿Y quiere V. decir qué no es verdad que seamos explotados y que realmente con las huelgas bien dirigidas, hechas en tiempo oportuno, no podemos mejorar nuestra suerte? preguntóme Antonio, como dominado aun por sus opiniones.

—Extraño en verdad, Antonio, que pensando un poco en estas cosas, creáis que es cierto que se os explota y que podéis hacer algo con las huelgas. Yo recuerdo haber oído al padre de un amigo mío, que había sido fabricante en aquellos tiempos, en que la maquinaria no era casi conocida en España, hombre honrado y laborioso como el que más, que en aquella época el obrero consideraba á su amo cual á un padre, como una persona á quien profesaba gratitud y cariño, á quien miraba siempre con respeto sin rebajar por ello su propia dignidad, y el amo ó industrial trataba á sus obreros como amigos, como personas que con su constante trabajo le ayudaban á fomentar su capital, que defendían sus intereses: si en la casa del amo había un enfermo ó una desgracia, los obreros se disputaban el cuidarle y consolarle, y si el obrero era el enfermo ó desgraciado, no perdía por esto su

jornal y recibía cada día la visita de su amo. Entonces á nuestros obreros no se les había metido la política en la cabeza, no se les habían enseñado estas máximas que hoy todos saben, entonces no se habían esparcido entre ellos obras como las de Proudhon, y no se había escrito el viaje á la Icaria de M. Cabet, en una palabra, no se había introducido en la clase obrera, esta impaciencia por cambiar en ocho días su fortuna y posición.

No creáis, amigos míos, que con esto quiera yo decir que el actual malestar y las quejas de los obreros sean hijas de la gran industria y de su desarrollo en nuestros días, en manera alguna: al contrario este desarrollo ha permitido mejorar su suerte á gran número de familias que antes ni pan tenían para comer, ni paja en que dormir, y á él se debe que las poblaciones hayan tomado el incremento que todos vemos. Quiero decir que el obrero, antes ni había renegado de su religiosidad, ni había olvidado que formaba parte de una clase que vive con el trabajo y del trabajo; era el obrero entonces laborioso, enemigo de tabernas y reuniones numerosas, sencillo y contento con su suerte, no ambicionando nada más que trabajo para alimentar á su familia, no aspiraba sino á tener algunos ahorros para su vejez ó para la enfermedad, y este obrero era feliz y muy feliz. A vosotros, obreros de nuestros tiempos, se os han calentado los cascos y se os ha alborotado la cabeza

diciéndoos un día y otro día que esto de creer en Dios era una preocupacion, que esto de vivir con vuestro trabajo era una esclavitud que producía enormes ganancias á los capitalistas, y que debíais y debéis sacudir los hábitos que antes eran propios del obrero, que debéis levantar vuestra clase, en una palabra, como se dijo hace poco en el Congreso obrero de Barcelona, *los de abajo subiendo, y los de arriba bajando*. A vosotros que no sabéis ni de economía política ni de cosas por el estilo, que no comprendéis que hay leyes que gobiernan esta industria, y este capital, y toda esta marcha de las cosas públicas, se os ha dicho de un modo más ó ménos claro para vuestra inteligencia, que teneis derecho al trabajo, que si careceis de él, teneis el derecho de obtenerlo y el Estado la obligacion de dároslo; se os ha dicho que para poner coto á la ambicion de los amos y capitalistas y evitar que con vuestro sudor levanteis su fortuna, debéis poner en gran peligro sus capitales, obligarles á disminuir sus ganancias y para ello se os ha presentado como el gran medio, las huelgas, por medio de las cuales, parando los trabajos de los talleres, podeis imponer al industrial las condiciones que mas os convienen, es decir, ó disminuir las horas del jornal, ó aumentar el salario ó ambas cosas á un tiempo, y que con aquellas podeis formar vuestro capital.

—¿Y no es así? dijo Antonio. Pues qué ¿no so-

mos libres nosotros de ir ó no al taller, y de trabajar ó no á este ó aquel precio? ¿Qué más tiene que esto lo haga yo solo, ó que lo hagamos todos los de mi fábrica?

—Oh, si: hay mucha diferencia. Hacedos cargo Antonio que si vos solo obráis de este modo, no perjudicáis á nadie, vuestro puesto se reemplaza por otro obrero quien se aprovecha de vuestra exigencia, y solo vos pagais con vuestro bolsillo esta libertad de trabajar ó no. Pero si vos no contento con vuestro salario, ó con las horas fijadas, seducís á vuestros compañeros, y les arrastrais á que dejen el taller si el amo no acepta vuestras condiciones, la cosa cambia de aspecto de un modo notable. Obrando así, el fabricante ha de faltar á sus compromisos ya para expedir los géneros que tenga pedidos, ya para pagar las obligaciones mercantiles de todo industrial, las máquinas se desmejoran, las materias primeras, la lana, el algodón, la seda se perjudican, el fabricante ha de pagar su contribucion y alquiler y sus capitales disminuyen cada día, y vosotros los obreros dejais de ganar vuestro jornal, vuestro único recurso, gastais vuestros ahorros, agotais los fondos de vuestras cajas y sociedades, habeis de pedir prestado, privais á vuestros hijos y esposas del pan y de todo lo necesario á la vida, atrasais el pago del alquiler de casa, si estais enfermos debéis ir al hospital: y al fin y al cabo ¿Quién ha ganado? Nadie: vuestros com-

pañeros pasados una, dos, tres semanas reconocerán que les habeis engañado, que se han acabado los recursos, maldecirán el día en que escucharon vuestros consejos y os vereis obligados á buscar trabajo en otra parte. ¡Ah! Antonio, reflexionad que en estas cuestiones, en que tan interesados sois, os constituís vosotros mismos en jueces, y vuestra sentencia por lo mismo ha de ser injusta, y para demostraros, que obráis sin conocer las cosas y sin comprender sus consecuencias viene á pelo un hecho que ahora recuerdo. Años atrás declaráronse en París en huelga todos los oficiales sombrereros, rechazaron todas las proposiciones que se les hicieron y prefirieron pasearse y vivir del socorro que les repartía la sociedad que tenían formada; pasáronse así algunas semanas, y habiendo observado algunos de los oficiales sombrereros, que los elegantes de París llevaban sombreros nuevos como antes y que las tiendas estaban provistas como si ellos trabajaran, trataron de averiguar este misterio, y supieron que aprovechando los sombrereros ingleses esta huelga, que ellos mismos habían promovido, enviaron á París millares de sombreros ingleses por importe de una suma respetable; los amos que habían visto rechazadas las proposiciones de parte de sus operarios, aceptaron el envío de Inglaterra y los oficiales sombrereros hubieron de reconocer que la especulación inglesa había sido el origen de su huelga ó al menos la había explotado,

que habían perdido muchos jornales y cuantiosos ahorros, viéndose precisados á pedir por favor á sus patrones que los admitieran con las mismas condiciones anteriores.

—Pues se vé que los ingleses no son mancos! exclamó Juan el carpintero ¿quién sabe, si ellos aprovechan también nuestras huelgas en la industria de tejidos ó hilados y nos endosan aquí centenares de piezas, y el contrabando contribuye también á sostener estas huelgas?

—Podeis estar seguros, contestéle, que cada una de estas huelgas tiene su misterio, que no faltan especuladores que de ellas se aprovechan y que amos y operarios todos salen perdiendo.

Antonio permanecía á todo esto, cabizbajo y pensativo, como si estas observaciones le tuvieran muy preocupado y su imaginación fuera dando vueltas y revueltas á lo que había leído la noche antes, á lo que estaba escuchando y á los hechos pasados: ello es que de cuando en cuando movía la cabeza como hablando consigo mismo. Comprendiendo entonces la importancia de aquel estado y lo que me convenia aprovecharlo añadí:

—Y una cosa muy notable observo que ha sucedido siempre en estas huelgas y las sociedades que las sostienen, y es; que jamás he visto ni oído que las comisiones directivas despues de cesado su cargo ó terminada una huelga, hayan publicado las

cuentas de su administracion; que jamás han dado esplicaciones de las cantidades entradas en caja y de las que han salido... y esto os debiera haber abierto los ojos, Antonio, esto debiera haberos hecho levantar la voz, máxime cuando vos sabeis mejor que yo, que no es nuevo el que algunos de estos directores tan celosos y tan calurosos defensores de estas sociedades, al poco tiempo de haber dejado el cargo á otras manos, se han convertido en hombres muy conservadores, muy enemigos de todo desórden, ¿no os parece esto extraño Antonio? ¿No sospechais que en esto hay misterio?...

Debeis reconocer pues, que la esperiencia enseña que con las huelgas no solo no podeis formar un capital, por mezquino y reducido que sea, sino que ellas os absorven todos los ahorros, os obligan á contraer deudas, y engendran el peor de los vicios; la holgazanería.

—Poco á poco, exclamó Antonio: yo soy defensor acérrimo del trabajo, y decia mi padre que el holgazan tiene abiertas la puertas del presidio á todas horas...

—Pues amigo, continué interrumpiéndole, yo podria citaros centenares de obreros que antes no conocian lo tentador que es el pasar dias y mas dias sin trabajar, y que una vez han estado en una huelga, les viene tan cuesta arriba el coger la lanzadera ó los instrumentos del trabajo, que no vuelven ya á

ser mas lo que fueron y aprovechan la primera ocasion para volver á la grata ocupacion de pasear y no hacer nada.

Yo que he conocido algunos operarios, que con ellos he hablado un tanto de vuestras cosas, y he visitado sus modestas habitaciones, he tenido ocasion de saber que se os entrega tambien como buena y corriente moneda, una cosa, que antes habia metido gran ruido, pero que hace años se descubrió que era moneda falsa, que se os propinaba como buena medicina para curar vuestro malestar, una pócima que se ha visto no era sino un veneno. Os hablo del derecho al trabajo, de esto que dicen es vuestro puerto de salvacion.

—¡Ola! exclamó, Antonio, ¿tampoco es V. partidario del derecho al trabajo? ¿tampoco cree V. que con ello no podemos formar nuestro capitalito?

—Qué he de creer, y de qué diablos he de ser yo partidario, si esto es una farsa y una locura por no decir una estafa! Vamos á ver... ¿qué se os dice al recomendaros el derecho al trabajo? De unos apuntes que tengo en esta cartera, vereis qué es esa quisi—cosa y como se os explica su teoría. Oid.

—«El salvaje goza en medio de los bosques y llanuras—cuatro derechos naturales; el de cazar, pescar, coger y comer frutos de la tierra. Tal es la primera forma del derecho.

«En todas las sociedades civilizadas, el hombre

del pueblo, el proletario, no hereda ni posee nada y se halla pura y simplemente despojado de sus derechos; no puede decirse, pues que el derecho primitivo haya cambiado de forma puesto que no existe. La forma ha desaparecido con el fondo.

«El hombre en el estado salvaje está obligado á obrar para usar de su derecho y los trabajos de la pesca, de la caza, de coger los frutos ó comerlos, son condiciones del ejercicio de su derecho; luego el derecho primitivo no es más que el derecho á estos trabajos.

«Pues bien, si una sociedad industriosa, que ha tomado posesion de la tierra y quita al hombre la facultad de ejercer á la ventura y con libertad sobre la superficie de la tierra sus cuatro derechos naturales, reconoce en el individuo en compensacion á estos derechos de que le despoja, el derecho al trabajo; entonces, en principio y salva la aplicacion conveniente, no tiene ya el individuo motivo para quejarse.

«El obrero que carece de trabajo tiene en el día derecho para presentarse al alcalde de su pueblo, al gobernador ó un representante en fin de la sociedad y decirle: No hay trabajo para mi en el taller donde estoy ajustado, ó bien: el salario se ha disminuido de tal modo que no basta para asegurar mi subsistencia; vengo pues á pedir trabajo con un salario que haga mi suerte preferible á la de un salvaje libre en sus bosques.»

Aquí se confunden el derecho al trabajo, doctrina socialista, con el derecho de trabajar, que es un derecho sagrado como el que más: este derecho (el de trabajar) es como he leído en un escritor francés muy amigo y sincero de las clases obreras, la libertad que tengo yo, que teneis vos, que tiene Juan, de hacer de vuestra inteligencia de vuestros brazos el uso que consideréis mas provechoso.

El derecho al trabajo supone una obligacion que vos, que yo, que Juan, impone á la Nacion ó al Estado de proporcionarnos los medios de trabajar cuando se lo pidamos. y le quitemos el derecho que tiene de obligarnos á buscar en el trabajo el medio de cubrir ó atender á nuestras necesidades, ¿y qué ha de suceder? que el individuo, el particular, el obrero se ponen frente á frente de la sociedad y si esta se resiste nace desde luego el conflicto que presencié Lion en 1832 cuando los sublevados levantaron la bandera *de vivir trabajando ó morir combatiendo*: en el terreno de la práctica este derecho al trabajo es convertir á la nacion ó al país en asegurador de todas las fortunas, y lo peor, empresario de todas las industrias y de todos los oficios ú ocupaciones. Recuerdo que atacando un distinguido diputado francés, Leon Faucher, el derecho al trabajo dice poco más ó menos:

—«El sistema quiere que todo individuo que no halle el empleo de su inteligencia ó de sus brazos,

ó bien que el empleo que haya encontrado no le proporcione medios para vivir, tenga derecho á dirigirse al gobierno para que este le de el trabajo que le falta ó una ocupacion lucrativa en vez de un trabajo de escaso producto. De modo, que el Estado debe ocupar á todos los obreros desocupados, equilibrar la insuficiencia del salario, suplir las faltas de los pedidos y proporcionar los instrumentos del trabajo.

«En nuestra organizacion social, cuando una calma de trabajo prolongada paraliza las manufacturas, ó está recargada de brazos la agricultura, el Estado, los departamentos y los municipios emprenden trabajos públicos, se llama á los indigentes para emplearlos en terraplenar ó recomponer las carreteras, y todos los propietarios hacen un sacrificio para proporcionar por medio de sus donativos voluntarios un medio salario á los obreros licenciados por la industria.

«Pero bajo el régimen del derecho al trabajo no podria hacerse lo mismo; el obrero, armado de un título absoluto no se contentaria con el trabajo que le hubiera escogido y preparado la sociedad; exigiria el trabajo para el que se juzgara propio y que le prometiera más abundante remuneracion; querria seguir su profesion y con las condiciones más favorables, determinaria la clase de trabajo y fijaria tambien el precio. No se informaria de la situacion del mercado ni de la del tesoro, y siendo el salario para él como

un crédito ó una renta sobre el estado, guardaria un nivel invariable, y seria forzoso cambiar las condiciones de la sociedad para pagárselo.»

Para ensayar los resultados que daba este derecho, Inglaterra reunió hasta 800,000 jornaleros en las obras de las carreteras de Irlanda ¿y sabeis qué sucedió? que estas brigadas de mendigos, de operarios torpes de todas las industrias allí reunidos, se negaban á trabajar y emprendian á pedradas contra los ingenieros. En Francia en 1848 despues de proclamada la república se levantaron varios talleres que sostenian los municipios, y no hubo una sola escepcion, cada taller fué teatro de varios motines y despues de agotados todos los recursos, apuradas las contribuciones voluntarias y forzosas, hubieron de cerrarse no sin haber regado con su sangre las calles de Paris multitud de obreros.

Tener derecho al trabajo, es tenerlo al salario, á un salario que asegurase la existencia del obrero, y como las necesidades de la vida varían segun las situaciones y los individuos, es tambien tener derecho al salario que determine el mismo obrero. Bajo el régimen de la libertad industrial, nadie puede fijar el precio de los salarios, que siguen entonces las fluctuaciones del mercado y obedecen á una ley económica superior á la voluntad del fabricante y del trabajador.

Luego es preciso que se suprima la libertad y cese

la competencia para que nazca esta posibilidad de determinar el *mínimum* del precio del trabajo.

Solamente el monopolio en manos del Estado podría fijar el precio de los salarios.

Tener derecho al salario es lo mismo que tenerlo á los instrumentos del trabajo al capital y al crédito.

«El ejército de los trabajadores, debe tener forzosamente como el de los soldados, oficiales que lo guien y manden, con la libertad de la industria se forman por si mismo estos oficiales que son los capitalistas, los manufactureros, los ingenieros, los administradores, los escribientes y los mayordomos. Solo se llega á estos puestos, envidiados y disputados del mando, por el mérito, los servicios prestados y la experiencia; pero desde el momento que el individuo tiene el derecho absoluto de exigir que se le emplee en la esfera de su aptitud, puede pedir tambien que se le coloque en condiciones favorables para sacar partido de su inteligencia y de sus fuerzas.»

¿Qué sucedería si este derecho fuera realizable? Que cada obrero escogería la industria que más le acomodara sin consideracion á si son muchos ó pocos los que la ejercieran, y sabiendo que su jornal seria tan seguro en una industria fatigosa, como en otra cómoda, tranquila y sosegada, optaría por esta última, y como todos pensarían del mismo modo, y elegirían lo mejor, todos serían relojeros, plateros, médicos, abogados, y no habria quien quisiese ser, for-

jador, tejedor, ni hilador, etc., etc. ¿y qué trastorno entonces en la sociedad y en la industria en general? Además como nadie tendria temor de quedarse sin trabajo, nadie tendria interés en ahorrar un ochavo y al fin y al cabo la nacion pagaría miles de miles de jornales con plena igualdad, asi al obrero hábil, inteligente y laborioso, como al obrero torpe, descuidado y vagamundo, la nacion se veria con gran acopio de ciertas clases de trabajo y gran escasez de otros naciendo de aqui otra perturbacion mayor.

—Pues señor mio, estamos aviados! exclamó Antonio mirando alternativamente á Juan y á mi.

¿Pues por lo que V. dice, estos libros que nos regalan y en los cuales tanto se elogian las huelgas y el derecho al trabajo, son patrañas y mentiras?

—Cabalmente, son cosas irrealizables, muy bonitas para leerlas pero muy malas para ponerlas en práctica. Desengañaos, amigo Antonio, en este pícaro mundo siempre habrá como siempre ha habido, pobres y ricos, gente que rie y nada en la abundancia y gente que llora y nunca puede salir de un mísero estado. Digase lo que se quiera, que os cuenten cuantas maravillas y milagros gusten estos que os dan estos librotos, el hombre ha de seguir cumpliendo aquella sentencia de Dios «ganarás el pan con el sudor de tu rostro» y con resignacion y con constancia en el trabajo tan solo, puede el hombre ser menos desgraciado y mejorar su suerte...

—Esto me decía mi mujer, interrumpió Juan, siempre que me quejaba de nuestra posición y del afán con que un día y otro iba al taller. ¡Oh! si la conociera V. á mi Luisa, es una cristiana del tiempo antiguo, ella enseña la doctrina á nuestros hijos, y mas de cuatro veces me ha hecho bajar la cabeza avergonzado al ver la fortuna que he tenido en escoger tan buena esposa y los malos ratos que yo la he dado con mis paseos al café y la taberna, y sobre todo con no haberla escuchado cuando me decía, que no debía dejar el trabajo seguro que tenía, para seguir á *los que movían las huelgas*, y *que valía mas guardar el dinero en casa que entregar cada semana un tanto á la sociedad*. Ahora le aseguro á V. que mientras no me falte trabajo no envidió la suerte á nadie, y aunque no me sobra, tampoco me falta lo mas necesario, y tan contento como si fuera propietario.

—Ahí está el secreto, Antonio, ahí está la dificultad que tampoco es milagro el resolver ó descubrir. Vosotros, amigo mio, no miráis mas que las horas del trabajo y las necesidades de vuestra casa ó de vuestra familia, pero no consideráis que hay una clase numerosísima de personas que envidian vuestra posición, porque en ella á lo menos, no debeis cubrir apariencias que mortifican y son un verdadero martirio. Los pobres con levita, esta multitud de familias á quienes la adversidad ha perseguido, reduciéndoles á estado peor que el del jornalero, son mucho

mas dignos de compasión que vosotros, porque ellos deben gastar más, deben presentarse con cierta decencia en el vestir aun á costa de una mala alimentación, y en sus casas pasan privaciones que los obreros no conoceis. Si de cerca vierais esa clase de personas y conocierais sus necesidades, las exigencias del mundo y su escasez de recursos veriais, Antonio, que los obreros no cambiarían nunca su posición por la de estos desgraciados.

Por lo demás fiad en mi palabra y sobre todo fiad en la experiencia y los consejos de hombres que sin meter ruido ni buscar aplausos, os avisan un día y otro, que no son las huelgas ni el derecho al trabajo los medios que los obreros deben emplear para mejorar su posición, para ir formando un capital si no crecido, modesto al menos, con que poder esperar sin miedo la ancianidad y dar algunos recursos á vuestros hijos. No creais, amigo Antonio, consejos que os sean gratos á vuestros oídos y cuyas consecuencias no preveéis: desconfiad de esta voz melosa y dulce con que algunos aduladores os hablarán para ganáros la voluntad, preferid en todo caso consejos menos gratos, pero de resultados más positivos y ventajosos.

Y ahora, amigo Antonio, añadí golpeándole suavemente la rodilla, me parece que por hoy basta de desencantos y verdades que tal vez os parecerán amargas pero... al fin son verdades, y creo que no

me negareis que ayer no veiais tan claro como hoy en esta materia.

—No caen en saco roto estas observaciones, dijo Juan, yo por mi parte aseguro que no olvidaré esta conversacion, y...

—Yo por la mia, interrumpio Antonio, debo decir que aunque no me confieso vencido tengo yo mis dudas: volveré á leer el trabajito que ayer me facilitó V. y veremos luego que solucion me dará V. á las dificultades que le proponga: tengo ahora empeño en ver adonde vá V. á parar y que remedio encuentra V. para nuestra situacion.

—No faltan remedios, cuando hay buena voluntad, le contesté. No os dejéis dominar por cierto orgullo que todos tenemos al ver que hemos andado equivocados y que nos hace oponer resistencia á la persuasion, dejáos convencer por las razones, que dice el adagio:—de sabios es mudar de consejo;—al hombre honrado le es un título de mérito el reconocer que se ha equivocado y acomodar su conducta á la verdad que se le presenta clara y ostensible. En fin pensad un tanto, amigo, en lo que hemos hablado hoy aqui; y si gustais mañana podemos tener nuestra tertulia en este sitio tan agradable, que ahora iremos á dar un paseo por estos campos.

III.

A la tarde siguiente, Juan nos encontró ya á Antonio y á mi, en el sitio concertado; el hilador iba disputando el terreno de sus opiniones palmo á palmo; á mis observaciones y contestaciones oponia nuevos reparos, y de brecha en brecha procuré desembarazarme de todas estas razones ya tan sabidas con que se enseña á los trabajadores á sostener las disolventes doctrinas que entre ellos se han ido propagando: cuanto mayor esfuerzo hacia en no contestar categóricamente á mis preguntas, tanto mayor era mi empeño en reducirle á un punto en que debiera confesarse vencido ó contestar con el silencio, teniendo buen cuidado de no mortificar su amor propio y su dignidad, que yo respetaba sobremanera.

Así estuvimos discutiendo mas de media hora, y deseando reservar para otra ocasion el continuar nuestra polémica, dije á Juan el carpintero.

—Ya veis, amigo Juan, vuestro compañero defiende su pabellon como un buen soldado; veo que ha pensado bastante en lo que ayer hablamos, pero yo espero que tal vez mañana, sino hoy mismo encontrará Antonio respuesta á muchas de sus dificultades.